8. ALIVIO.

Introducción. El cien por cien de nuestros enfados nacen de la falta de asombro y gratitud. Se nos repite de parte de Dios desde nuestro origen, desde el principio, que del árbol del bien y del mal no está permitido comer. En una clara alusión a qué el conocimiento del bien y del mal no nos toca a nosotros definirlo, bajo la total seguridad de equivocarnos. Y a pesar de la advertencia de Dios nos pasamos la vida juzgando, opinando, evaluando y sentenciando todo lo que ocurre, especialmente el valor y lo que sentimos acerca de las personas. Nos es más propio el nerviosismo, la inquietud, la insatisfacción. Diariamente hay más cosas que nos hacen quejarnos, que despertar la gratitud y la alegría. Nos molestan más las reacciones de los demás que motivos para la admiración o la imitación. Por eso nos tiene que regalar Jesús su mirada y sus mismos sentimientos. La gran conversión de nuestra vieja manera de vivir. Pasar de la exigencia a la gratitud. De la comparación despreciativa a la valoración. Pasar de ser juez de las cosas y de las personas a ser su amante como decía Ortega y Gasset. El salmo que hoy oramos nos invita a pasar de esa actitud quejosa y pesimista, a la capacidad de asombrarnos de amor compasivo de nuestro Dios.

Lo que Dios nos dice*. «Señor no son altivos mis ojos no pretendo grandezas que superan mi capacidad. Sino que modero y acalló mis deseos como un niño recién destetado en las palmas de su madre. Aguarde Israel en el Señor ahora y por siempre». (Sal131).*

Esa actitud a la que nos invita el salmista es la puerta a la que nos invita a pasar Jesús cuando le dice a Nicodemo: ***«En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios» ""(Jn 3,3).*** El diálogo de Jesús con Nicodemos nace del mismo lugar de donde nace el Salmo. De la voz del Dios sabio, compasivo, misericordioso que comprende nuestro corazón, todas sus acciones, porque Él mismo lo ha modelado. Y lo que comprende es que nos encanta el poder, la seguridad, el control, tener la razón, mandar, que nos obedezcan, imponernos. Sabe el Buen Dios que nos sentimos tremendamente vulnerables y que todo lo que facilita evitar sobresaltos y encontrar tranquilidad lo queremos. Nos gusta que se hagan las cosas como nosotros pensamos, incapaces de vivir en la nube de la incerteza, en el continuo asombro: No nos gusta caminar sobre las aguas, edificar la propia vida en los brazos de otro, que te ciña y te lleve, a donde tú solo no sabrías nunca ir. Al amor que nos lleva, no vamos a preguntarle a dónde va, Él sabrá.

En el fondo la fe es una invitación a depositar la confianza en los brazos de otro, como el niño en brazos de su madre. La fe es entrar en la nube que nos cubre con su sombra, como el ángel Gabriel le prometió a María. Es acompañar a Jesús, a Pedro, a Santiago y a Juan en la cumbre del Tabor, hasta que lo sombrío se vuelva luminoso. Ese es el ejercicio al que nos invita el Salmo, a cruzar las sombras de lo humano hasta llegar a la nube luminosa. Es el tránsito y el camino que recorren todos los que nos han precedido en el camino de la fe como la ceguera de Pablo camino de Damasco, la turbación de María ante el saludo de Ángel. Es la angustia y el miedo que sintió Jesús en el huerto de los olivos y que queda reflejado en la oración de Getsemaní: ***«Entonces les dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo». Y adelantándose un poco cayó rostro en tierra y oraba diciendo: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino cómo quieres tú» (Mt 26,38-39).***

Se llama desconcierto y es la antesala del asombro y la gratitud. Es lo contrario que tenerlo todo "seguro", "inmutable", "atado y bien atado". Es lo contrario a vivir en modo "experto", que se cree que controla, que domina, que prevé, que puede algo. Seamos como niños satisfechos, recién alimentados por el pecho de nuestra madre. Que no ha firmado ningún contrato de permanencia, pero confían totalmente en qué mañana serán de nuevo cuidados, nutridos, con la providencia de un amor que no se calcula ni asegura, pero está. Bendita nube luminosa que da luz en medio del silencio, de la espera, del aparente vacío.

Cómo podemos vivirlo. Hay un trabajo que nos toca hacer que es "acallar" y "moderar" muchas de las ambiciones y deseos que se despiertan muchas veces en nuestro interior. Son muchos de ellos inducidos por la publicidad, por las ofertas irrechazables, por las comparaciones con las vidas de los demás. Si ellos lo tienen porque yo no lo puedo tener. Y durante años de nuestras vidas perseguimos espejismos. Confundimos pesadillas con los sueños. Y nos embarcamos en aventuras que nos dañan y nos dejan tristes. No pretendamos alcanzar grandezas que si Dios quiere nos las regalará Él. Pero si nos esforzamos por conseguirlas por nuestras fuerzas nos dejarán profundamente vacíos.